

CAMBIO DE ESTRATEGIA USA PARA LAS BASES EN ESPAÑA

WASHINGTON. (Del corresponsal de ARRIBA y Pyresa.)—Las bases norteamericanas en España, que han constituido uno de los arbotantes de mayor calibre en las coordenadas de la estrategia ofensiva y defensiva del Pentágono, es posible que durante la era Carter experimenten un cambio de cotización. La especulación la lanza uno de los expertos militares del «New York Times», John Finney, plataformando, quizá, rumores que ha recogido entre los ayudas de cámara y asesores del Presidente electo. De cumplirse tales suposiciones, ello comportaría no solamente un giro de 90 grados en los supuestos de defensa de este país, sino que también le acercaría a Carter a una contradicción, puesto que estos corolarios son exactamente lo opuesto a lo que había revelado cuando contendía para la presidencia. El Pentágono, después de la segunda guerra, siempre clasificó en categoría aparte a las bases de Morón, Rota, Torrejón y Zaragoza. Finney, sin embargo, pone en tela de juicio la sobredicha clasificación, y aduce una razón para justificar este retroceso de las bases en suelo hispánico: el lanzamiento de armamento de más calibre y más capacidad para obrar a más distancia. Eso significaría que los enclaves hispanos, empleados primordialmente para el reavituallamiento de aviones y submarinos en ruta, no serían tan utilizables, habida cuenta de que los vehículos estarían habilitados para repostar en otros lugares menos convencionales o más cercanos a casa. Refiere el experto que la base de Torrejón, hasta hace poco provisorio de combustible para los bombarderos «B-47» de media distancia, se ha convertido en lugar de entrenamiento en clima soleado de los aviones norteamericanos con base en Alemania. Asimismo, la introducción de «misiles» de larga distancia —agrega Finney— hace mucho más cuestionable la utilidad de los submarinos nucleares de Rota.

Costo o mantenimiento

Aparte del costo, el mantenimiento y la subvención de estos enclaves balísticos y detectivos en España, Grecia, Turquía o las Filipinas, puede resultar un hecho arriesgado y comprometido para USA, por cuanto que la reciprocidad de los acuerdos para bases militares obliga en algunos casos a injerirse en la política interna de aquellos países de una manera u otra, aunque no quepa duda de que esta generosidad a la cual alude Finney sea una generosidad bastante cuestionable. Bien es verdad que los acuerdos con España y con Turquía presuponen un desembolso para el Pentágono de 1,2 billones de dólares, pero esta cantidad no llega a los países interesados en dinero con-

tante y sonante. Se paga en especie, o lo que es igual: con armas. El establecimiento de semejante premisa aboca a una conclusión clara, por lo demás, y es que el canje quienes salen mejor parados son los fabricantes de material de guerra en última instancia. Se trata, pues, de una generosidad muy peculiar y relativa, que nadie sabe cómo ha podido escandalizar a los «pundits» del «New York Times» a la vista de las razones arriba reseñadas.

Una mala herencia

Parece ser que detrás de todo esto lo que hay es un intento solapado por defenestrar a la «filosofía Kissinger», a la que se hace responsable de haber empujado a la política exterior norteamericana con una ronda de acuerdos apresurados y desmedidos en el último ciclo de su mandato. Pese a todo, en el caso de España, el acuerdo sobre bases, firmado meses atrás al cabo de una serie de negociaciones largas, la suerte ya parece echada. No cabe marcha atrás. Son unos acuerdos a los que respalda el visto bueno del Congreso, y eso es cosa difícil de levantar, más bien puede ocurrir que proceso de revisión de la política de Henry Kissinger en Europa redonde en pro de un desvinciamiento de toda esta filosofía estratégica, cuyos orígenes rebasan los límites de la era Kissinger —ya en tiempos del senador Pat McCarran se luchaba con denuedo en el Congreso para convencer de la importancia de las bases en la Península Ibérica—. A dieciocho días vista de la entrada de Jimmy Carter en la Casa Blanca se habla de una nueva moralidad, de un recato mayor en la política exterior USA.

El billón y pico de dólares a Finney le parecen muchos dólares, pero tal vez el citado comentarista no se haya detenido demasiado a ponderar las implicaciones y deberes que el derecho al usufructo de las bases acarrea. Si se someten a examen tales considerandos, a lo mejor resulta que el precio a pagar es muy módico. La guerra de Oriente Medio en el 73 dejó bien demostrado no sólo la importancia capital de las bases, sino también las graves repercusiones para la seguridad de España. Aparte de eso, hubo algunas reticencias de todo punto justificadas entre los árabes, al fin de las cuales la tradicional amistad hispano-árabe saldría tocada de ala. Lo malo del caso es que Washington no indemnizó por tales conceptos. Ello explica el que las negociaciones con Madrid para renovar fuesen tan prolongadas. La pervivencia de los acuerdos de momento parece asegurada otro lustro más, pero caducado ese plazo, el futuro de las bases norteamericanas en España se perfila bastante

● Supondría un giro de noventa grados en los supuestos de defensa norteamericanos

NUEVA YORK

De nuestro corresponsal,
ANTONIO PARRA

aleatorio En Washington la cuestión empieza a ser tratada desde el punto de vista de una mala herencia que el doctor Kissinger deja en pos de sí, y en Madrid

la consolidación de un sistema más democrático constituye un síntoma de que estas cuestiones, trascendentales para la seguridad interna del país, serán sacadas a la luz, o por lo menos deberán aflorar en los debates parlamentarios. No caben, pues, maneras clandestinas de actuar en adelante, como, según parece, ocurrió durante la guerra de «Yom Kippur».